Dos reflexiones

JORGE DEGETAU SADA

Conclusiones descabelladas

Mi punto: hay un margen de error cuando intentamos explicar un hecho monitoreable (como el índice de criminalidad o los gases invernadero) con lo que suponemos que es su causa o consecuencia. Dado que los números son a nuestro tiempo lo que la santísima imaginación papal fue a la Edad Media (quiero decir que son dogma), es fácil pasar por alto que el usarlos para comprobar una tesis no incluye garantías de certeza. Hemos olvidado que la ciencia, con su método y sus números y todos sus elementos *objetivos*, tiene una brecha de interpretación donde el científico abandona el manual para convertirse en adivinador. Ahí se encuentra la vulnerabilidad de la ciencia frente al error humano. Mi primer ejemplo para retratar lo dicho: la disminución de crímenes violentos en Estados Unidos.

Desde hace quince años, los índices de crímenes violentos han disminuido en nuestro vecino del norte. Existen estudios al respecto que ligan este hecho (el historial de crímenes violentos) con las causas que presuntamente lo explican. En ellos se trata de establecer una relación directa causa-efecto, donde algunas de las causas expuestas son la mejor legislación, el crecimiento económico generador de más empleos o, en el caso de Nueva York, la mano férrea de Giuliani.

Según Levitt y Dubner en su libro *Freakonomics*, la causa del descenso de criminalidad no fue ninguna de estas medidas confrontantes sino la legalización federal del aborto en 1973. Entonces, los sujetos con más probabilidades de convertirse en criminales fueron despachados por sus madres (regularmente adolescentes, solteras, de bajos ingresos y negras), para quienes el crío era cosa por demás inconveniente. Así como la demografía habría determinado que estos embarazos generaran criminales potenciales, determinó que los criminales probables murieran antes de nacer. En los cinco estados donde fue aprobado el aborto antes de 1973 los crímenes violentos cayeron en un 13% más que en el resto de las entidades de la Unión Americana.

- Escritor, Jorge Degetau Sada (1982) participó en el certamen literario Caza de Letras organizado por la UNAM. Recientemente presentó la obra del pintor oaxaqueño Abelardo López en Casa Lamm con el texto "Ensayo sobre el horizonte".

¿Qué prueban Levitt y Dubner? ¿Acaso que su tesis es correcta sobre las demás? En mi opinión los autores sólo muestran que una tesis comprobable puede contradecir o complementar explicaciones previas de un fenómeno propuestas por otras tesis también comprobables.

Con ello no quiero negar a la ciencia como un camino válido al conocimiento. Al contrario: creo que debemos mucho a su labor porque, bien o mal, la ciencia ha esclarecido muchos misterios, por lo menos de modo parcial. Tampoco quiero poner en duda la realidad numérica (tres vacas, cien millones de mexicanos, cincuenta y cinco millones de dólares desaparecidos por Gómez Urrutia). Quiero explorar el modo en que la ciencia interpreta la realidad usando números y nuestra aceptación casi-a-ciegas de sus resultados, como si lo "comprobado científicamente" fuese quehacer divino. Pongo otro ejemplo: el cambio climático.

El cambio climático es aceptado generalmente por la sociedad como consecuencia de la actividad industrial, productora de gases invernadero. La teoría consiste en ligar dos datos duros (el incremento de gases y el de la temperatura promedio de la tierra) y establecerlos como causa-efecto. En otras palabras: la actividad industrial produce gases que incrementan el efecto invernadero y éste la temperatura media de la tierra.

En general, se asume que el ser humano es el responsable de este fenómeno. Así lo afirma lo más radical de la popular oleada de ecologistas, lo confirman los países que firmaron en Kyoto (casi todos) y los medios de comunicación, (en este caso) publicistas del miedo. Incluso mis amigos *forwardean emails* sobre el tema sin siquiera cuestionarse si lo que están re-enviando es cierto o tan sólo una aberración pseudocientífica.

Es probable que la actividad humana sea la causa del calentamiento global, por lo menos parcialmente. No quiero negar la tesis de los ecologistas pues resulta comprobable y verosímil. Sin embargo, la relación "actividad industrial-incremento de gases invernadero-cambio climático" tiene detractores históricos que también resultan comprobables y que pueden complementar o eliminar su argumento. Algunos ejemplos son: la pequeña edad de hielo ocurrida del siglo XVI a la mitad del siglo XIX o la teoría de ciclos de Milankovitch (que

propone el cambio climático como un ciclo natural de la tierra) o el calentamiento global ocurrido en el Jurásico o cualquiera de otras tantas explicaciones que resultan tan factibles como la que culpa al ser humano del calentamiento global pero apuntan en dirección contraria.

¿Por qué somos tan vulnerablemente ingenuos al aceptar tesis plagadas de "comprobaciones numéricas" o "científicas"? ¿Acaso hay tanta ligereza en nuestros juicios como en las explicaciones que pretenden respuestas absolutas? Deberíamos rechazar la certeza prometida por la ciencia más primitiva y tomar con el recelo del escéptico las tesis (todas) que penden del trecho existente entre lo numérico y lo imaginado, y restablecer lo que abarca el concepto "comprobación". Recordemos que una tesis puede ser sólo parte de la explicación, o que dos pueden contradecirse sin dejar de ser comprobables en lo individual. Los números serán rígidos e irrefutables pero no lo es el puente interpretativo que los relaciona con causas o consecuencias. Optemos por un conocimiento menos absolutista y pretencioso. ~

Con perdón de usted

En la actualidad si uno quiere decir palabrotas y no quiere quedar mal en sociedad, debe decir así: "Ese señor es un cabrón… Con el perdón de ustedes". ¿Por qué se disculpa? ¿Qué el señor mencionado no es cabrón o qué? Tengo la impresión de que en algunas capas sociales de México se ha perdido el sentido de las majaderías pues se trata de darles un sentido más liviano o de hacerlas políticamente correctas. Se llega a casos grotescos: "Con todo respeto, es usted un pendejo". ¿Por qué con respeto? No sé ustedes, pero yo no respeto a quien merece que lo ofenda. Si el tipo es un imbécil y se lo digo, no lo suavizaré con un "Te quiero mucho, pero eres en extremo estúpido".

En estos casos a las groserías se les alude de modo tangencial y bromeando. Una amiga cercana dice al hablar de otros (por cierto, con mucho humor), "Aquí no quiero aplicar el calificativo que empieza con 'p' y termina con 'endejo'". O a veces, también, las majaderías se evaden a toda costa. Mi bisabuelo, doctor en química y vicerrector de la UNAM, en acalorada discusión con una marchanta de la central de abastos concluyó: "Vieja-…¡hipotenusa!". A pesar de que la señora se ofendió profundamente —"hipotenusa" es una palabra horrible— y de que mi bisabuelo aprovechó la ignorancia del sujeto a ofender para ofenderlo con un término matemático, mi punto sigue siendo corroborado: hay un estigma sobre las groserías que hace que algunos sujetos no las utilicen para lo que están hechas: ofender.

Hoy en día es raro ver groseros, espontáneos y enérgicos, porque han sustituido esas construcciones barrocas de palabrotas por las mentadas de madre mímicas o los claxonazos que son impersonalizados, grises y poco lucidores. Ya no quedan tipos que, con la cara roja y las venas del cuello en altorrelieve, maldigan sinceros al sujeto de su ira hasta abarcar varias generaciones. Además, cuando se les encuentra, son apaleados socialmente con el despectivo de "naco".

De este modo estamos en *alta sociedad*: dándole la vuelta a estos términos. El peor caso de omisión de insultos lo encontré en un primo legionario, quien sustituye las groserías tradicionales mexicanas por la palabra "carísimo". Así, cuando alguien se le cierra mi primo grita esa palabra, lo que deja al otro sin ofender y además confundido. Imagino que su sentido cristiano del mundo le hace creer que no insultar es lo correcto. Entonces, ¿por qué evoca al insulto con una palabra que lo representa? Según veo, por dos necesidades básicas: una, insultar *per se*, lo que seguro le ayuda a relajarse (indudablemente el insulto tiene efectos terapéuticos); otra, ofender, acción emparentada con señalar una inconformidad o, en otras palabras, con informar. Si mi pariente dice —en lugar de "carísimo"— "¡hazte, idiota!", quizá sienta un alivio a su coraje e informe al tipo sobre qué error cometió. De no cometerlo otra vez, mi primo no se verá en la necesidad de ofenderlo ni estresarse.

Las palabras altisonantes no son ajenas a nuestro tiempo ni están en peligro de extinción como los ejemplos podrían hacernos creer; tampoco son exclusivas de ciertas clases sociales. Digo eso pues estas palabras tienen una razón de ser que no ha desaparecido y que atañe a todo ser humano en sociedad: la supuesta sana convivencia a la que somos empujados por lo políticamente correcto a veces no es tan sana y requiere de aclaraciones enérgicas para el buen desarrollo de la psique propia y colectiva. "Me cagas", por ejemplo, es un mensaje directo que ayudará a evadir contactos sociales subsecuentes, claramente no deseados. Así, el ofendido estará consciente de nuestros sentimientos hacia su persona, nosotros no tendremos que soportarlo otra vez y el ambiente social quizá mejore por la selectividad de socialización de sus miembros.

Las majaderías, dichas con tino y mesura, causan el efecto deseado: ofender, informar, marcar límites, confrontar, revelar diferencias, servir como catarsis. Se pueden decir en voz baja o alta, con enojo o en tono reflexivo, se pueden escribir en la puerta de un baño público o en el cielo con un avión acrobático. Pero, ante todo, lo importante es usarlas cuando se debe. Quiero decir: cuando algo está mal. Y en este mundo —los neuróticos como yo lo sabemos— eso sobra. ~